

Dar en el clavo

Carmen Leñero

Mientras escogía un punto en la pared, silbaba. La tía llevaba más de un mes arrumbada en una esquina del hall. Este mismo sábado la cuelgo, juraba a diario, porque no era justo, pobrecilla, que su único pariente —y heredero universal— la hiciera a un lado recién difunta. Gracias al retrato vino a enterarse de que era fea. Vista esa verruga entre los ojos, su mujer no tardó en bajarla del cuarto. Con razón se quedó soltera, pensaba, cuando dio con un clavo del tamaño que requería. Soltera y virgen tal vez.

Se encaramó en una silla que chirriaba y apoyó la punta del clavo casi con dulzura sobre el muro: Primer agujero que hago en "mi" casa, suspiró con satisfacción. Y es que desde chico le encantaba clavetear, sobre todo en hogar propio, aunque fuera este vejestorio de la Roma.

Martillo en mano tomó vuelo pero una brizna le entró en un ojo y le hizo desviar el golpe. Se restregó la muñeca hasta llorar. No era el machucón, ¡qué va!; era la pena por la difunta. Después de todo, murió sola; después de todo, su misma sangre. Amoratada se le puso la uña rota del pulgar cuando falló el segundo martillazo. Se chupaba el dedo, "sana, sana", y se lo volvía a chupar dando saltitos sobre la silla.

Pasó el dolor y entonces trató de nuevo. Atinó sí, atinó apenas, pero topó con una resistencia inesperada; el clavo rebotó y fue a esconderse entre los pelos del tapete. Se bajó de la silla destemplado —¿había escuchado un gemido?—; sería el de la madera apolillada, pensó, y se puso en cuatro patas a buscar. No encontraría un clavo igual en su herramienta.

La tía le observaba desde la esquina, y de seguro con malos ojos a juzgar por su expresión: que no le agujeren las paredes, su hermética casa, su refugio. La morada de una muerta se respeta, oyó reclamar dentro de sí.

Seguía a gatas, pero ¡caray, qué sucio estaba ese tapete! ¡Qué penoso para la tía que él viniera a descubrir lo cochina que era! Mira nada más: una mancha, una mancha roja y unas gotas que siguen y siguen y si. . hasta la orilla con la pared.

Alzó la vista aunque no podía creerlo: goteaba el orificio donde había empezado a clavar. ¡Pero si fue apenas un rasguño! ¿Su misma sangre? Imposible: él no tenía por el momento ninguna herida abierta. Era el muro, sí, en una zona sensible, según parece. Se rascó la cabeza y creyó comprender de golpe: ¡Cañería en mitad de la pared! Eso fue. Un agujerito de nada en el tubo oxidado —tendrá más de un siglo de viejo—, y el agua se escurrió, arrastrando la herrumbre rojiza. Se rascó la cabeza; le chocaba pensar. Además, las gotas se habían ido secando sin dejar rastro.

Una de sus rodillas sintió el contacto frío del metal. Recogió el clavo y se subió de nuevo en la silla. Tuvo la precaución de asomarse por el hoyo. Nada: la blancura calcárea del yeso. Vaya, se dijo, sería la humedad del lugar. Empuñó con decisión el martillo y sin más miramientos se puso a taladrar literalmente en el mismo sitio el primer agujero de "su" casa. Pac, pac, pac-pac. Conforme se iba sumiendo el clavo, se floreó la verruga en el retrato. Pac, pac, la luz atravesó su media frente y la tía vio claro al fin. Melancólica sonrió: por inverosímil que parezca, su torpe sobrino había dado en el clavo. ♦